

ELOGIO A PINA

(Versión taquigráfica de la Conferencia dictada el 27 de agosto de 1970 en el local de la Academia de la Historia por el académico Dr. Vetilio Alfau Durán en ocasión del centenario de la muerte del prócer trinitario Pedro Alejandrino Pina).

Honorable Señor Vice-Presidente de la República;
Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia;
Señoras y Señores:

La Academia Dominicana de la Historia y el Instituto Duartiano han querido unirse al concierto unísono con que el Gobierno y el pueblo dominicanos han conmemorado el centenario de la muerte del prócer trinitario Pedro Alejandrino Pina.

En esta semana se han pronunciado panegíricos por personas autorizadas, en el Congreso Nacional, en la Corte Suprema de Justicia, en la Catedral Metropolitana, en la inauguración del monumento al prócer y en otras dependencias del Estado.

Para hablar ciertamente del hombre cuya memoria nos congrega, se requiere un orador máximo que tenga vuelo de águila, capaz de ascender a esa elevada cumbre del patriotismo que respondió al nombre de Pedro Alejandrino Pina.

Así es que yo lamento que mi palabra pobre venga a ser en este concierto de alabanzas algo así como la nota de tedio.

Pina nace en los días en que se rumoraba el término de la dominación española, pues ya por la frontera se sentían los amagos de invasión; y precisamente, el inicio de la dominación de Occidente es un acontecimiento patéticamente descrito por el verbo de Meriño y la pluma de Tejera "como una larga noche de infortunio"; y efectivamente se inicia una resistencia en el Este, encabezada por el hijo político del reconquistador de 1809, Francisco Montenegro, casado con la hija de Sánchez Ramírez.

Es ahogada en sangre la conspiración de Los Alcarrizos y por último el fracaso de la misión de Don Felipe Dávila de Castro, a quien el Gobierno de Madrid envió a Puerto Príncipe a reclamar la parte española de la isla. El fracaso de aquella misión extirpó el último rayo de esperanza en la familia dominicana. Aquel acontecimiento tuvo proyecciones funestas; en efecto el Gobierno haitiano dió instrucciones a su representante en esta ciudad, Gral. Gerónimo Maximiliano Borgellá a ese respecto. Se convocó una gran cantidad de ciudadanos notables, los que formaban precisamente aquellos célebres Consejos de Notables en los pueblos del país y en Asamblea Magna se reúnen en el flamante Palacio que había construído el Gobernador en la parte oriental de la Plaza de Armas. Allí en aquella Asamblea, el Gral. Borgellá explicó y dió la noticia infausta del fracaso de la Misión Dávila, y se explayó en consideraciones acerca de la imposibilidad de destruir la indivisibilidad de la isla. Cuando hablaba de tal suerte, cuando creía convencido al auditorio de que aquello era ya eternamente un imposible, como a guisa de pregunta interroga: "¿Quién sería capaz de destruir esta íntima unión?"

Un anciano venerable allí presente como movido por un resorte mágico se pone en piés y de sus labios sale con una sola palabra vibrante, la contestación debida. El Arzobispo Don Pedro Valera y Jiménez se yergue majestuoso y le replica: ¡DIOS! Aquella palabra conmovió los corazones y un rumor fue cuanto se percibió en aquella Asamblea. Pero el anciano Arzobispo había con la pronunciación de su palabra atraído sobre sí una sentencia de muerte, porque después en la quietud apacible de una prima-noche penetró a la cámara arzobispal un asesino armado de puñal, a la estancia apenas

alumbrada por una vela que ardía ante una imagen y permitía al asesino ver el rostro del prelado y hacia él se encaminó. Dos versiones cual de las dos más atendibles ha ecogido la historia. Uno de sus panegiristas dice "que el puñal se quebró en la cruz pectoral del Arzobispo; otra versión no menos atendible refiere que cuando aquel asesino pagado se encontró ante la augusta majestad de aquel anciano se arrojó a sus plantas sin herirlo". El asesino desaparece, no se tiene más noticia de él porque después el prelado es pasaportado y encamina sus pasos hacia Cuba. Sin embargo, su salida hacia la vecina antilla, entonces española, hace renacer alguna esperanza en el pueblo dominicano. Se pensaba que la presencia del Dr. Valera en La Habana y su nombramiento a poco de Administrador Apostólico de aquella silla episcopal, sería un factor muy favorable a la reivindicación de los derechos. Pero un día, el 19 de marzo del año 1833 la muerte arrebató la vida al Arzobispo Valera. Aquella noticia llegó desalentadora al entristecido pueblo dominicano y se recordó el motivo: la palabra augusta que había acarreado la desgracia al Arzobispo hasta el extremo de empuñar el bordón del peregrino y no dar la espalda a sus ovejas. Sin embargo, en aquellos mismos días del año 1833 retornó al seno de la Patria un joven que había ido a estudiar en Europa, donde había caldeado en Cataluña al sol de sus antepasados su vigoroso espíritu, y había jurado *in pectore* como el gran venezolano en el monte Aventino de la ciudad eterna, ser el salvador de su Patria.

Cuando regresa Duarte, esa palabra mágica, maravillosa y divina que flotaba en el aire unida al nombre del infortunado Arzobispo, es captada por él y la pone como inicial del lema que concibió para la nacionalidad a que le iba a dar vida. DIOS es la palabra inicial de aquel Patricio que lo transmite íntegro a la nacionalidad que iba a fundar: DIOS, PATRIA Y LIBERTAD.

La labor de Duarte es conocida; durante largos años en la lucha heroica aquel hombre fue preparando y seleccionando compañeros; el más joven de sus compañeros es de los primeros en poblar los bancos de la Sociedad que iba a fundar; Pedro Alejandrino Pina, que se había dedicado al estudio, que

ejercía el apostolado de la enseñanza como maestro de escuela, que laboraba en las oficinas judiciales como escribiente, donde amasaba conocimientos de derecho, es uno de los que primero ocuparon puesto en aquella Sociedad. El 16 de julio de 1838, reunido está aquel grupo inicial que va a emprender la tarea. Sobre ellos descienden lenguas de fuego en la mañana pentecostal del 16 de julio cuando el verbo apostólico de Duarte inició allí en aquel sacro Colegio Trinitario la buena nueva del evangelio redentor de la nación dominicana. A partir de entonces, Pina viste la túnica de Apóstol y después, en 1843, con el triunfo de la Reforma, Pina pasa a cubrir un puesto en el Comité de Salud Pública, remedo de la revolución francesa, que formaron reformistas haitianos y dominicanos.

Es a principios de abril que comienza a funcionar el Comité de Salud Pública. El Gobierno es puesto en manos de aquel Comité y esto cunde en entusiasmo. En las discusiones que en el seno de aquella Asamblea se originan surge la figura de Pedro Alejandrino Pina y se destaca con relieve y brillo inconfundible. Por eso, cuando Manuel Arturo Machado, uno de nuestros grandes tributos escribió el prólogo al libro de las piezas oratorias de Meriño, el máximo orador dominicano, en ese prólogo brillante ustedes pueden encontrar estas palabras: Retrospectivamente en los días que antecedieron a la Independencia Nacional se hablaba con encendidos elogios de Pedro Alejandrino Pina. Pero hubo otra etapa también de Pina como orador y fue en los días que ocupó un escaño en la Junta Central Gubernativa. Hombre dotado de una voz vigorosa, su verbo electrizaba a sus oyentes y en el seno de aquel Comité de Salud Pública el entusiasmo se desbordó al extremo de que al convocarse a una Asamblea Constituyente los Duartistas ganaron la elección en todo el territorio de la antigua parte española como fruto del Comité de Salud Pública. Eso, como era natural, despertó la rivalidad y la sospecha y en medio de una discusión, de un debate que sostuvo en el seno del Comité, Pina con su antiguo maestro de francés, el profesor haitiano Augusto Brouat, éste ya convencido por la palabra de aquel tribuno, acorralado en su último reducto dejó escapar esta frase que recogió la historia: "Esta-

mos perdidos, la independencia de los dominicanos es un hecho".

Se efectúa la visita del Gral. Charles Herard, Jefe entonces del Estado Haitiano; se desata la tremenda persecusión contra Duarte y sus compañeros; algunos se ocultan, otros son reducidos a prisión, otros se hacen pasar por muertos; Duarte, Pérez y Pina ponen mar de por medio y se dirigen al exterior. Allí continúa la labor, transcurre el tiempo. En una mañana del mes de marzo, mientras Duarte permanece en la pensión, Pina y Pérez deambulaban por los muelles de Curazao con la vista hacia el Norte, fija en los caminos de la Patria y al alborear la mañana del 6 de marzo ven que avanza un buque hacia el puerto, la goleta "LEONOR", que llevaba por primera vez a playas extranjeras la bandera dominicana. Impávidos, mudos, salen corriendo desaforadamente por las calles llamando la atención esa actitud, para llevar la buena nueva al maestro. Ese es uno de los momentos más culminantes de satisfacción de aquellos próceres cuando vieron el pabellón que habían forjado en el cenáculo de la Trinitaria, flotando libre y agitada por la brisa de los mares.

Regresan el día 15 de ese mismo mes de marzo al seno ya libre de la Patria. Duarte decide, enviado por la Junta, trasladarse al campamento de Baní y lleva como jefe de su estado mayor a Pedro Alejandrino Pina. Allí durante los días que pasaron en el campamento de Sabana Buey, de Baní, el Gral. Pedro Santana, que había ceñido los laureles de la victoria el día 19 en las calles de Azua, puede aquilatar el valor y la prestancia de Pedro Alejandrino Pina, y en una carta después del regreso de Duarte con su estado mayor a esta ciudad, en una carta que dirige Santana a Bobadilla, Presidente de la Junta Central Gubernativa, le menciona a tres oficiales, de valor reconocido; uno de esos tres oficiales es Pedro Alejandrino Pina; le dice en la carta que esos tres oficiales le son indispensable, pero Pina no vuelve. Pina permanece al lado del maestro y cuando vienen las vicisitudes, cuando soplan fuertes rachas de huracán es reducido a prisión y conducido a la cárcel de la Fortaleza Ozama. Otro 16 de julio el de ese año de 1844 se reúne la Junta Central Gubernativa en la casa de Borgellá convertida en flamante Palacio Nacional.

Pina recibe un emisario en su celda, el que en nombre del Jefe triunfador va a suplicarle que vaya a ocupar su sillón en la Junta Central Gubernativa.

Pina no vacila, no niega al maestro y aquellas antiguas paredes del monumento príncipe de la arquitectura americana que es la torre del homenaje, recogieron el eco de su viril contestación: "Prefiero la muerte antes que negar al hombre a quien venero como padre de la Patria y fundador de la República".

La tradición recoge que el General Santana recibió aquella contestación con una sonrisa donde se revela admiración. Pina, comprendido en la sentencia del 22 de agosto, sale por segunda vez y devora el amargo pan del ostracismo.

Cuatro años permaneció fuera de la Patria. En 1848 cesa la primera administración del Gral Santana y el Presidente Manuel Jimenes promulga un Decreto de amnistía; regresa a la Patria. "Pero eso no es lo que yo quiero" e invita a sus compañeros a conspirar. Estos no aceptan y Pina se mantiene al margen de la cosa pública. Un periodista cubano, José Manuel Ferregú, que escribió una hermosísima necrología a la muerte de Pina, dice que como político Pedro Alejandrino Pina tenía como bandera la reconciliación, no tenía odios partidistas; por eso en su vida pública no fue ista de ningún caudillo.

A poco cae el Gobierno de Jimenes, vuelve otra vez, una vez más, a emprender el camino del destierro, se dirige a Venezuela. Allí se gana la vida como maestro y también en actividades comerciales, milita en la política y le confieren la Gobernación de Cumarebo. Allí más tarde cooperó al éxito de la Revolución Federal de Venezuela. Dejó fama allí también de ser político movido por la cordialidad, parece que este sentimiento que es virtud de cordialidad fue transmitida a algunos de sus descendientes.

Cuando vuelve Pina a las playas de la Patria, ajeno a la política partidista en que se dividía la familia nacional, extraño a las solicitudes de protectorado y anexión, extraño a la Matrícula de Segovia. En 1861 acompaña a Sánchez y a Cabral en la expedición que penetró por la frontera del Sur. Allí se salvó milagrosamente cuando llegó la hora del desastre; un llanero de la comarca del Sur, Timoteo Ogando, lo

monta en el anca de su caballo y lo lleva a la frontera y así salva a Pina de aquella hecatombe con que se epilogó la trágica expedición. Vuelve a Venezuela, fué entonces cuando por necesidades del momento y no existiendo, estando eclipsada su nacionalidad, adoptó la nacionalidad venezolana públicamente. Fue entonces cuando redactó una ley electoral en el Estado de Coro que sirvió de modelo a otros venezolanos y aún a Estados colombianos. Esto es una prueba evidente del talento y la sagacidad de aquel hombre cuyo concurso se restó lamentablemente al Gobierno Nacional en los primeros meses de la Independencia de la República. No puede venir por estar enfermo físicamente cuando resuenan los ecos de Capotillo y cuando sabe que Duarte no está muerto, que ha resucitado como una sombra salida de allá, de los confines del río Negro, por donde se abrazan el Amazonas y el Orinoco. Pedro Alejandrino Pina le escribe a su comadre Rosa Duarte aquellas palabras de entusiasmo "La Patria se salva, comadre Rosa, algo hay de providencial al saberse del fundador de ella, cuando está a pique de perderse".

Tan pronto se lo permite la circunstancia, regresa al país, es elegido para un puesto de Gobierno. Cuando desaparece se inicia la caída del Gobierno de Cabral, llamado del Protectorado, aunque nada tenía Cabral de Cromwell, Pina se aleja de la política y va a ocupar un sillón como Juez de la Suprema Corte de Justicia; de allí lo saca la rebelión de Luperón, de Pimentel y de García, que llevan a Cabral a la Presidencia de la República. Ocupó la Gobernación de la Provincia Capital; ocupó la Secretaría de Estado de lo Interior y Policía; aceptó en unión de otros conspícuos ciudadanos la primera misión diplomática que va a Haití a concentrar en Puerto Príncipe un tratado con nuestros vecinos. Lamentablemente la caída del Gobierno que presidía Geffrard malogró los bien intencionados propósitos de la Misión de Pina; regresó al país, aceptó entonces el cargo de Delegado del Gobierno en la región del Sur; se empeña en la parte económica en extirpar el comercio clandestino que se venía haciendo por las regiones fronterizas y también se empeña en ir recuperándola pedazo a pedazo devolviendo golpe por golpe a nuestros impenitentes vecinos

de occidente, cuando cae el Gobierno de Cabral, a quien aconsejó patrióticamene que no negociara el arrendamiento de Samaná porque eso podía comprometer la Independencia Nacional. Pina había acompañado a Duarte el 26 de mayo del 44 cuando la protesta contra le Plan Levasseur, que cercenaba la península samanense del territorio nacional; estuvo al lado de Cabral con los ideales de Duarte; contra aquella propuesta que venía de las potencias del Norte y que aquel Gobierno, aquel Gabinete, se inclinaba a aceptar.

A la caída del Gobierno, vuelve nuevamente a emprender el camino del destierro. Cuando se inicia la revolución en el Sur, Pina no toma parte; Pina había decidido no luchar en guerra de hermanos contra hermanos, pero cuando llega a su retiro de Cumarebo, la noticia de que el Gobierno Nacional está pactando la Anexión del territorio dominicano a los Estados Unidos; que se ha firmado el 29 de noviembre el Tratado de Anexión, Pina, enfermo, abatido, pero lleno de entusiasmo se dirige a Curazao, a San Thomas, envía primero a su hijo Juan Pablo Pina y viene él por último, penetrando por la frontera del Sur con el propósito de darle carácter nacionalista a la revolución del Sur que se conoce en nuestra historia como la Revolución de los seis años. Allí, la figura de Pina es un númen de redención, representa el ideal irrestricto de la Trinitaria, Pina, que nunca dió un paso hacia atrás en su sacro ideal de Patria Libre, allí está en medio del combate, allí está dándole carácter, imponiéndole grandiosidad trascendental a aquella lucha, allí le sorprende en la soledad del campamento una enfermedad violenta que lo arrebata de la vida.

Se cumple ahora justamente una centuria. Por eso, porque fue patriota de una sola línea, de una sola trayectoria, que puso el interés de la Patria por encima de todos los otros intereses, por eso es justo que se evoque su memoria; por eso hoy desde las más altas figuras del Gobierno Nacional se unen al pueblo para conmemorar el centenario de su tránsito. Por eso también, hoy, al evocar su nombre, al rememorar su muerte, nos parece a todos que asistimos al renacer de una esperanza, por eso con ansias de redención suenan hoy para el patricio las campanas de la gloria.